

A stylized, high-contrast illustration of a man's face, likely Emil Cioran, rendered in shades of pink and purple. He has dark hair and is wearing a light blue shirt and a dark tie. The background is dark with large, vibrant purple flowers and bright yellow flames on either side of his face. A vertical red line runs down the center of the image, and horizontal red lines are placed above and below the title and author information.

Emil Cioran

EL LIBRO
DE LAS QUIMERAS

Biblioteca Emil Cioran

TUSQUETS
EDITORES

Emil Cioran
EL LIBRO DE LAS QUIMERAS

Traducido del rumano
por Joaquín Garrigós

Título original: *Cartea Amăgirilor*

1.^a edición en Marginales: octubre de 1996

1.^a edición en Condición Humana: febrero de 2021

© E.M. Cioran, 1996

© de la traducción: Joaquín Garrigós, 1996

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

ISBN: 978-84-9066-915-0

Depósito legal: B. 293-2021

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Black Print

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

I.....	9
II.....	55
III.....	79
IV.....	107
V.....	153
VI.....	193
VII.....	229

Éxtasis musical. Siento como que pierdo la materia, que cae mi resistencia física y que me fundo en armonías y ascensiones de melodías interiores. Una sensación difusa y un sentimiento inefable me reducen a una indeterminada suma de vibraciones, de resonancias íntimas y de envolventes sonoridades.

Todo cuanto he creído tener en mí de singular, aislado en una soledad material, fijado en una consistencia física y determinado por una estructura rígida, parece haberse resuelto en un ritmo de seductora fascinación y de imperceptible fluidez. ¿Cómo podría describir con palabras el modo como crecen las melodías, en que vibra todo mi cuerpo integrado en una universalidad de vibraciones, evolucionando en fascinantes sinuosidades, en medio de un encanto de aérea irrealidad? En los momentos de musicalidad interior he perdido la atracción de mi pesada materialidad, he perdido la sustancia mineral, esa petrificación que me ata a una fatalidad cósmica, para arrojarme a un espacio de espejismos, sin tener conciencia de su ilusión, y de sueños, sin que me duela su irrealidad. Y nadie podrá entender el hechizo irresistible de las melodías interiores, nadie podrá sentir el arrebató y

la placidez a menos que goce de esa irrealidad, que ame el sueño más que la evidencia. El estado musical no es una ilusión, porque ninguna ilusión puede dar una certidumbre de tal amplitud, ni una sensación orgánica de absoluto, de incomparable vivencia, significativa por sí sola y expresiva en su esencia. En esos instantes en que uno resuena en el espacio y el espacio resuena en él, en esos momentos de torrente sonoro, de posesión integral del mundo, sólo puedo preguntarme por qué no seré yo todo este mundo. Nadie ha experimentado con intensidad, con una loca e incomparable intensidad, el sentimiento musical de la existencia, a menos que haya tenido el deseo de esa absoluta exclusividad, a menos que haya sido poseído de un irremediable imperialismo metafísico, cuando deseara la ruptura de todas las fronteras que separan al mundo del yo. El estado musical asocia, en el individuo, el egoísmo absoluto con la mayor de las generosidades. Quieres ser sólo *tú*, pero no por mor de un orgullo mezquino, sino por una suprema voluntad de unidad, por la ruptura de las barreras de la individuación, no en el sentido de desaparición del individuo sino de desaparición de las condiciones limitativas impuestas por la existencia de este mundo. Quien no haya tenido la sensación de la desaparición del mundo, como realidad limitativa, objetiva y separada, quien no haya tenido la sensación de absorber el mundo durante sus éxtasis musicales, sus trepidaciones y vibraciones, nunca entenderá el significado de esa vivencia en la que todo se reduce a una universalidad sonora, continua, ascensional, que evoluciona hacia lo alto en un placentero caos. ¿Y qué es ese es-

tado musical sino un placentero caos cuyo vértigo es igual a placidez y sus ondulaciones iguales a arrobamientos?

Quiero vivir sólo para esos momentos en los que siento toda la existencia como una melodía, todas las heridas de mi ser, cuando todas mis llagas internas, todas las lágrimas no lloradas y todos los presentimientos de felicidad que he tenido bajo los cielos de estío, con eternidades azul celeste, se han juntado y se han fundido en una convergencia de sonidos, en un impulso melodioso y en una cálida y sonora comunión universal.

Me cautiva y me vuelve loco de alegría el misterio musical que yace dentro de mí, que proyecta sus reflejos en melodiosas ondulaciones, que me deshace y reduce mi sustancia a puro ritmo. He perdido la sustancialidad, ese irreductible que me daba prominencia y perfil, que me hacía temblar ante el mundo, sentirme abandonado y desamparado, en una soledad de muerte, y he llegado a una dulce y rítmica inmaterialidad, cuando no tiene sentido alguno seguir buscando mi yo porque mi *melodización*, mi transformación en melodía, en ritmo puro, me ha sacado de la habitual relatividad de la vida.

Mi voluntad suprema, mi voluntad persistente, íntima, que me consume y me vacía, sería no recobrar-me nunca más de esos estados musicales, vivir en perpetua exaltación, hechizado y enloquecido en medio de una borrachera de melodías, de una embriaguez de divinas sonoridades, ser yo mismo música de esferas, una explosión de vibraciones, un canto cósmico y una elevación en espiral de resonancias. Los

cantos de la tristeza dejan de ser ya dolorosos en esta embriaguez y las lágrimas se vuelven ardientes como en el momento de las supremas revelaciones místicas. ¿Cómo puedo olvidar las lágrimas internas de estos estados de placidez? Tendría que morir para no volver nunca más a otros estados. En mi océano interno gotean tantas lágrimas como vibraciones han inmaterializado mi ser. Si muriera ahora, sería el hombre más feliz. He sufrido demasiado para que ciertos tipos de felicidad no me sean insoportables. Y mi felicidad es tan frágil, tan acosada por las llamas, atravesada de torbellinos, de serenidades, de transparencias y de desesperanzas, que todo junto en impulsos melódicos me arroba hasta transportarme a un estado de beatitud de una intensidad bestial y de unicidad demoníaca. No se puede vivir hasta la raíz el sentimiento musical de la existencia si no puede soportarse ese inexpresable temblor, de una extraña profundidad, nervioso, tenso y paroxístico. Temblar hasta allí, hasta donde todo se vuelve éxtasis. Y ese estado no es musical si no es extático.

El éxtasis musical implica una vuelta a la identidad, a lo originario, a las raíces primarias de la existencia. En él sólo queda el ritmo puro de la existencia, la corriente inmanente y orgánica de la vida. *Oigo* la vida. De ahí arrancan todas las revelaciones.

Sólo en la música y en el amor existe la alegría de morir, el espasmo voluptuoso de sentir que uno muere porque no puede seguir soportando las vibraciones internas. Y nos regocija el pensamiento de una muer-

te súbita que nos liberara de seguir sobreviviendo a esos momentos. La alegría de morir, que no tiene ninguna relación con la idea y la obsesiva conciencia de la muerte, nace en las grandes experiencias de unicidad, cuando se siente perfectamente que ese estado no volverá más. En la música y en el amor sólo hay sensaciones únicas; uno advierte perfectamente que éstas no podrán volver ya, y lamenta con toda su alma la vida cotidiana a la que se verá abocado después. Qué admirable goce genera la idea de poder morir en tales instantes, *de que, por ese hecho, no se ha perdido el instante*. Pues el retorno a la existencia cotidiana tras semejantes instantes es una pérdida infinitamente mayor que la extinción definitiva. La pesadumbre por no morir en los momentos culminantes del estado musical y del erótico nos enseña cuánto tenemos que perder *viviendo*. En el momento en que concibamos la reversibilidad de esos estados, cuando la idea de una posibilidad de revivir penetre en nuestro organismo y cuando la unicidad nos parezca una simple ilusión, no podremos ya hablar de la alegría de morir, sino que volveríamos al sentimiento de la inmanencia de la muerte en la vida, que no hace de ésta sino un camino hacia la muerte. Tendríamos que cultivar los estados únicos, los estados que ya no podemos concebir y sentir como reversibles, para sumergirnos en los placeres de la muerte.

La música y el amor no pueden vencer a la muerte porque, en su esencia, tienden a aproximarse a la muerte a medida que ganan en intensidad. Pueden considerarse como armas contra la muerte sólo en las fases menores. Una música suave y un amor tranquilo

constituyen medios de lucha contra ella. No existe parentesco entre el amor y la muerte, como tampoco lo hay entre la música y la muerte, sino que la relación entre sí se establece a través de un *salto*; que puede tratarse tan sólo de una *impresión*, pero que interiormente no es menos significativa que un salto. ¡El salto erótico y el salto musical a la muerte! El primero nos arroja por lo insoportable de su plenitud; y el segundo, por lo total de sus vibraciones, que quiebran la resistencia de la individualidad. El hecho de que haya algunos hombres que se suiciden ante la imposibilidad de seguir soportando las locuras del amor rehabilita al género humano, tal y como lo rehabilitan las locuras que experimenta el hombre en la vivencia musical. Quien ni entiende ni siente la música es tan criminal como el que no siente que, en tales momentos, podría entregarse al crimen.

Todos esos estados sólo tienen valor y expresan una extraordinaria profundidad si conducen a sentir pesar por no morir. Quien a cada momento se sintiera morir a causa de ellos, sería el que alcanzaría el sentimiento más profundo por la vida. Aunque para todos la muerte empieza al compás de la vida, no todos tienen el sentimiento de morir a cada instante.

¡Dar sin cesar un salto musical y un salto erótico a la muerte! O derivarlo de tu soledad, que sea la soledad del ser, la soledad última. ¿Cómo pueden existir aún *otras* soledades distintas a éstas y cómo pueden existir todavía otras tristezas diferentes? ¿Qué sería de mis alegrías sin mis tristezas y de mis lágrimas sin mis tristezas y alegrías? ¿Y qué sería de mi canto sin mis abismos y de mi misión sin mi desesperanza?

Maldito sea el momento en que la vida empezó a cobrar forma y a individualizarse; ya que desde entonces empezó la soledad del ser y el dolor de ser solamente tú, de estar abandonado. La vida ha querido afirmarse a través de la individuación; a veces lo ha conseguido, y entonces ha llegado al imperialismo. Otras, no lo ha logrado y, en ese caso, ha llegado a la soledad, aunque, para una visión más profunda, el imperialismo no sea más que una forma por la cual el ser huye de la soledad. Acumulas, conquistas, ganas y luchas para huir de ti, para vencer tu aflicción de que, en el fondo, no existe otra cosa que tú mismo. Porque la soledad es una prueba para la realidad de tu ser, no para la realidad de la vida en general. El sentimiento de soledad crece tanto más cuanto lo hace el sentimiento de irrealidad de la vida. Desde que la vida quiso ser más que una simple potencialidad y se actualizó en los individuos, desde entonces nació el temor a la unicidad y el miedo a estar solo, y el deseo del ser individual de superar ese maldito proceso sólo expresa el querer escapar de la soledad, de la soledad metafísica, en la que te sientes abandonado no sólo en ciertos elementos, sino orgánica y esencialmente, en tu naturaleza. Por ello la soledad cesa de ser un atributo del ser sólo cuando este ser deja ya de existir.

Sobre la felicidad de no ser santo. Un prolongado dolor sólo puede hacer de alguien un imbécil o un san-

to. Pero para nadie es un problema el primer elemento de la alternativa, porque nadie puede tener miedo o alegrarse de una eventual imbecilidad, de una paralización de todos los sentidos por causa de un gran dolor. Un estado tal ni asusta ni alegra, porque sabemos que en él, dado que se excluye la lucidez, una comparación con los estados anteriores no es posible, como tampoco lo es el temblar de miedo por nuestro destino. ¿Pero cuántos temblores sacuden el alma de un hombre con sólo pensar que podría volverse santo y cuántos recónditos temores le invaden ante el oscuro presentimiento de que su dolor lo precipitaría a la santidad? No hay nadie que quiera morir siendo un imbécil, como tampoco nadie quiere vivir siendo un santo. Pero cuando uno se vuelve santo, sin querer hace de su destino una misión; y de una fatalidad, un fin.

Lo terrible son los presagios y grados de la santidad, no la santidad en sí. Estos provocan un inexplicable espanto mucho mayor cuando aparecen en la juventud. Entonces nos mortifica el pensar que nuestra vida va a cesar antes de morir, que va a cesar cuando estemos en el momento culminante de nuestra lucidez, cuando lo veamos todo tan claro que las propias tinieblas brillarán hasta cegarnos. Hay tanta renunciación en la santidad, que la juventud de un hombre, por atribulada que sea, no puede resignarse a vivir sin las placenteras sorpresas de la mediocridad. Que llegará un día en que ya no podremos ser mediocres y en que se pasará a un estado que ya no tenga ligazón alguna con la vida. Eso sólo puede producirnos pesadumbre, y nos atormenta el pensar que,

en estado de santidad, no tendremos ya ni *el pesar* de la vida que habremos perdido ni la esperanza de tener desesperanzas.

El miedo de llegar a ser santo...

¡Cómo no vas a temer a la santidad si creías que de ti sólo podía salir fuego, impulsos bárbaros y explosiones, que tenías sueños de arrebatos infinito, y en su lugar constatas un estancamiento interior y una parálisis del curso de la vida cuya solemne significación te produce una honda impresión! Y es que hay algo de solemne en esos silencios vitales y en esa suspensión orgánica, síntomas alarmantes de la santidad, espeluznantes estados de presantidad.

¿No habéis sentido cómo la vida cesó en vosotros en un momento dado y no os produjo nunca dolor *el silencio* de la vida?

¿No habéis sentido fundirse los instintos y retirarse como en un reflujo definitivo? ¿Y no habéis sentido en ese reflujo la soledad de veros abandonados por la vida?

La santidad es ese estado en el que el hombre sigue viviendo una vez que la vida se ha retirado de él, como las aguas del mar. Y, por eso, el alma de un santo se parece a la de un mar abandonado por sus aguas, donde cabe todo. El hombre goza del don de pasar de la alegría de *oír* la vida a la tristeza de sentir cómo cesa. Se ve enfrentado, entonces, al problema de vivir en la existencia al lado o más allá de la vida. La tragedia del hombre es no poder vivir *en*, sino sólo *más acá* o *más allá*. Por eso, no puede hablar más que de triunfos y de derrotas, de ganancias y pérdidas y, por ese motivo, tampoco puede vivir *en* el mundo, sino

que se debate en vano entre el cielo y el infierno, entre la elevación y el hundimiento.

Hay estados que ni siquiera Dios puede sospechar, porque los estados verdaderamente grandes no pueden surgir más que en la imperfección. Mis situaciones de desesperación me vuelven superior a cualquier divinidad. Es un placer pensar que sólo de la imperfección puede aprenderse algo todavía.

Tengo que unirme a todas las fuerzas de mi imperfección, de mi desesperación y de mi muerte.

¿Qué decir del hombre que no quiere tener la suficiente sabiduría para superar el sufrimiento? ¿Pero es que acaso los sufrimientos reales pueden ser superados? ¿Puede existir todavía un valor exterior que, por comparación, nos induzca a estimarlos? Se objeta inútilmente que el sufrimiento carece de raíces ontológicas y que no se puede entender como perteneciente a la estructura de la existencia. ¿Qué valor puede tener esa objeción ante seres cuya existencia viene determinada por el sufrimiento? ¡Y después de semejantes tormentos, uno se vuelve *solamente* santo! ¿No merecerá el sufrimiento una recompensa mayor, la recompensa de morir? Alegrémonos empero de que en este mundo la muerte, al menos, no es aproximativa.

El miedo de llegar a ser santo o el pesar de no morir.

Sobre el mayor de los pesares. ... sobre el pesar de no haberse realizado en mí la vida *pura*, de infectarse de dolores, de conciencia, de espíritu y de ideas; de ha-

ber sido atormentada por los pesares, desesperanzas, obsesiones y torturas; de haber sentido que uno muere a cada paso de la vida, a cada ritmo y a cada momento; de haber vivido torturado continuamente por el miedo a la nada, por el pensamiento de la aniquilación y por el temor de existir.

La pesadumbre por no ser la vida pura, o sea, que la vida no sea cántico, entusiasmo y vibración, de no ser una aspiración pura hasta la ilusión y cálida hasta el consuelo, de no ser un estado de placidez, un éxtasis, una muerte de luz.

Habría deseado que la vida circulara en mí con una plenitud insoportable, con sus anónimas evoluciones anteriores a la individuación, con sus exclusivos anhelos de ser sólo ella y de ser paralela a la muerte. Una vida así habría palpitado de tal forma en mí, que su ascensión habría sido una irradiación, una explosión de rayos de luz y una locura de vibraciones. Todo se habría integrado en ese triunfo del ser y todo habría sido música, una orgía sonora, atrayente y cautivadora hasta llegar a ser insoportable. Haber sido irresponsable de la vida que en mí discurría y a través de mí habrá hablado la vida.

No existe un medio más eficaz de soportar el dolor que fustigarse y torturarse. ¿Te carcome el dolor, te hunde, te derrumba? Golpéate, abofetéate, flagélate hasta sentir los mayores y más atroces dolores. No vencerás así, pero lo aguantarás y extraerás de él infinitamente más que de una resignación mediocre. Apalea tu carne, quémala hasta que salga fuego de

ella, tensa tus nervios y aprieta los puños como si fueras a derribarlo todo, como si fueras a abarcar el sol y a ahuyentar las estrellas. Que la sangre corra cálida por tus venas, abrasadora e impetuosa, que te arrebaten rojas visiones y te aturda un halo de rayos luminosos surgido del temblor de la carne, de los nervios y de la sangre. Que todo en ti arda, para que el dolor no te vuelva blando y tibio. Todavía no ha llegado el tiempo en que los golpes, la autotortura y los tormentos propios hayan dado todo cuanto pueden dar, porque los hombres todavía no conocen el método por el que puede sacarse fuego del sufrimiento.

Cuando sientas que el sufrimiento te domina y se infiltra en todo tu ser como si quisiera paralizarte, que se aviva en tu interior y que tu vida se detiene instantáneamente, utiliza todo lo que tengas para que arda todo en tu interior, para dinamizar tu organismo, para enloquecerlo de entusiasmo y aturdirlo con visiones fantásticas. Clavándote las uñas en la carne y lacerándote con el látigo; con la cara deforme como si estuviera a punto de estallar, con el ceño fruncido, como en los momentos de terror, con la mirada perdida, rojo y lívido, trata de detener el proceso de hundimiento, evita la asfixia moral y la parálisis orgánica. Excita todos tus órganos, emborráchalos de nuevos dolores y vence la atracción del sufrimiento por las tinieblas con otros sufrimientos aún mayores. Un látigo puede sacar de una muerte más vida que un sínfin de goces. Azota la carne hasta que empiece a vibrar. Ten la seguridad de que después tendrás menos pesares y menos desesperanzas.

No olvides ponerte en estado de máxima tensión.

Pues sólo así el dolor no te aniquilará antes de tiempo. La tensión tiene que ser tan grande que te deje con las mandíbulas atenazadas, con la lengua rígida y con el cerebro concentrado hasta el punto de no saber si estás en silencio o estás aullando. El dolor sólo puede vencerse con nuevos dolores. Lo cual significa que nunca puede un gran dolor ser superado de modo real y efectivo, sino que lo único que podemos hacer es integrarlo o jerarquizarlo en nuestro ser.

Haz que a golpes de tralla salgan de ti relámpagos, humo y polvo y que el odio, la desesperanza y la tristeza surjan como el relámpago, el humo y el polvo.

Algunos lo han hecho por el reino de los cielos y para evitar un infierno; otros lo hacen solamente para que ese infierno no se los trague; y, en fin, hay otra categoría que lo hacen sólo para no sumergirse en su propio infierno.

Semejante fustigación se diferencia esencialmente de las autoflagelaciones ascéticas. El asceta se flagela para escapar a las tentaciones de la vida; y nosotros para escapar a las de la muerte. Unos lo hacen por la renuncia; otros, contra la renuncia. No me parece ni heroico ni dramático luchar para derrotar a la vida que hay en ti, matar los instintos para edificar el espíritu sobre esas ruinas. La autotortura como lucha contra la vida es algo criminal; de ahí el carácter inhumano de todo ascetismo. Pero torturarse, fustigarse y herirse hasta sangrar para vencer una enfermedad y dominar un dolor significa desgarrarse para vivir. Y todos los desgarros orgánicos carecen de valor, a menos que mediante ellos se consiga aplazar la muerte. A los que sufren no les queda otra cosa que la ofensiva con-

tra sí mismos. Todos vosotros, los que sufrís, no esperéis ya consuelos, porque ni los tendréis ni os servirán de ayuda; no esperéis ya curaciones ni ilusiones ni esperanzas, porque no hay ni curaciones ni ilusiones ni esperanzas; no esperéis tampoco la muerte, porque viene siempre demasiado tarde a los hombres que sufren, sino que ¡desgarraos, torturaos, azotaos hasta que se os salte la sangre, para que todo cuanto de putrefacto hay en vosotros se vuelva llama, que la carne vibre como los nervios y todo, como en una alucinación, se convierta en un incendio total del ser, abrazaos, hermanos, hasta que los dolores se apaguen en vosotros como las pavesas!

No se puede atenuar ni tampoco se puede vencer el sufrimiento a través de la concentración intelectual. ¿Cómo vas a poder concentrarte en un problema impersonal cuando el sufrimiento está llamándote a cada instante a tu actualidad personal, a tu existencia concreta e individual? No hay salvación por medio del pensamiento. Y no existe tampoco por la simple razón de que te parece inútil ponerte a pensar en cualquier otra cosa que no sea tu sufrimiento, porque el pensamiento sólo te lo empeora cuando alcanza la *esencia* del sufrimiento. Quienes sostienen que se han liberado de los tormentos gracias a preocupaciones objetivas no han conocido el auténtico dolor, sino sólo unas pasajeras inquietudes espirituales, carentes de profundidad y de base orgánica. Todas las incertidumbres ligadas a la edad, que dan al individuo una sensación de intranquilidad provisional, no tienen valor alguno. Lo básico es tener el sentimiento de lo irreparable en la esencia y en la totalidad de tu vida.

El pensamiento aclara otros pensamientos pero no aclara los sufrimientos. Ya que para eso no existe explicación; o si existe, no prueba nada y no los hace más soportables. La filosofía es la expresión de la intranquilidad de los hombres impersonales. Por ello nos sirve de muy poco para comprender, en su totalidad, las vivencias dramáticas y últimas. Para los que, sin querer, han rebasado la vida, la filosofía significa muy poco. Ningún pensamiento ha suprimido un dolor ni idea alguna ha alejado el miedo a la muerte. Por tal motivo, deja de lado los pensamientos y comienza a tener miedo de ti mismo, con furia y con un entusiasmo desesperado. Porque las ideas no han salvado ni han derrumbado a nadie. Del centro de tu ser, de esa zona que escapa a tu control, porque es demasiado profunda, estalla en feroz explosión, saca de tu oscuridad tanta energía que sólo quede luz. Y que, en ese estado demoniaco, nazca en ti el orgullo de no tener ya ideas, sino que solamente bullan obsesiones y locura. Ponte tan frenético que tus palabras quemen y que tus expresiones sean tan nítidas que se parezcan a la ardiente transparencia de las lágrimas. Arroja tu miedo más allá de tu inquietud y actúa de manera que todo tiemble en un apocalipsis interno, estremecedor y dramático. Al llevar completamente tu organismo a un nivel tan elevado y a una vibración tan grande, el ritmo intenso y acelerado se traga al dolor en sus momentos de crispación, lo derrite y lo integra en sus evoluciones, de modo que una gran locura nos libra temporalmente de un gran dolor.

El mundo no se ha convencido, ni siquiera ahora, de que sólo existen métodos brutales de lucha contra

el dolor, que en este campo es necesario un radicalismo llevado hasta la bestialidad. ¿Pero es que acaso el sufrimiento no es un hecho bestial? Los sufrimientos son inadmisibles y a pesar de ello están unidos a la vida más que las alegrías. Quien se queja de pureza vital no puede dejar de espantarse de esas manchas que son los sufrimientos y que se extienden por la esfera de la vida para oscurecerla.

¿Tiene sentido acaso que alguien continúe sufriendo después de mí? ¿Pueden existir aún angustias tras mis angustias y dolores tras mis dolores? Hay gente que ha nacido para soportar los dolores de los que no sufren. Lo demoniaco de la vida vierte en ellos todos los venenos que los otros no conocen, todos los sufrimientos que los otros no han experimentado y todas las desesperaciones que los otros no han sospechado. ¡Ojalá pudieran éstos, por obra y gracia de un milagro, repartir sus venenos, dolores y desesperaciones! Bastaría para hacer insoportable la existencia de los otros. Y es que los hombres no conocen más que los dolores aproximativos, los dolores que vienen de fuera, y que resultan inexistentes junto a los dolores ligados a la individuación, a la estructura de la existencia, porque ésta es individual. Sólo son fecundos y duraderos los dolores nacidos en el centro de nuestra existencia, que irradian en una existencia y crecen de forma inmanente en la esencia de esa existencia. Hay dolores que tendrían que detener la Historia en el acto, como hay hombres tras los cuales la Historia no tiene sentido alguno. Y me pre-

gunto: ¿mi existencia no hace inútil la existencia futura del mundo?

No tiene que dolernos la temporalidad de las cosas terrenas o la inexistencia de las celestiales. Que todo esté destinado a perecer, que todo sea yermo y fugaz, que todo carezca absolutamente de valor y de consistencia alguna, eso sólo puede provocar pesadumbre... Pero no puede provocarla cuando uno piensa cómo en una existencia tan reducida en el tiempo y tan limitada en el espacio pueden haber tantos dolores, se pueden consumir tantas tragedias y puede surgir tanta desesperación. Si la existencia individual es tan evanescente como una ilusión, ¿por qué entonces tantas tristezas, tantas renunciaciones y tantas lágrimas? Frente a este desconcierto que nos conduce a la desesperanza, nos vemos forzados a aceptar la irracionalidad de la vida sin pensar más. Ni tampoco tiene sentido seguir pensando porque no hay explicación alguna. Todo es tan inexplicable que me duele la inutilidad de las ideas. La futilidad de este mundo, en el que el dolor se afirma como una realidad, transforma lo negativo en ley. Cuanto más ilusoria parece la existencia del mundo, más real se vuelve el sufrimiento como compensación. No hay escapatoria al sufrimiento mientras vivamos; pero la muerte no es una solución, porque, al resolverlo todo, no resuelve absolutamente nada. No es posible encontrar al mundo explicación ni justificación alguna. Que su fugacidad, su futilidad y su vanidad nos dejen tan insensibles como la vida que se nos da para morir. Pero *saber* durante todos los momentos de nuestra vida que vamos a morir, es lo que más daño nos hace. Cuando no

se tiene conciencia de la muerte, la vida, sin ser una delicia, tampoco sería una carga. Y pasarse toda la vida incubando el miedo a la muerte es una carga. Entonces nos damos cuenta y nos horrorizamos de que, en una existencia tan reducida en el tiempo y tan limitada en el espacio, puedan caber miedos tan profundos y tan peligrosos. ¿Por qué al hombre se le otorgó la vida para temer a la muerte y por qué la vida es tan impura en el hombre? ¿Por qué vivimos para saber que moriremos?

Veo en el hombre un *temblor de la individuación*: la inseguridad y el miedo inherentes a la vida que ha quedado indefensa por mor de la individuación, una inseguridad y un miedo propios de una vida que se aísla cada vez que se realiza en el individuo.

¡Qué gran alegría haber vencido durante un instante a la tristeza, sentirme vacío hasta la inmaterialidad! Pero no de un vacío enervante y que te hace ver visiones, sino de uno que me eleve, que me impulse y que me vuelva tan liviano como pesado me hizo la tristeza.

Se impone establecer los métodos de un nuevo ascetismo que no nos haga volar hacia Dios sino hacia nuestras propias alturas, de las cuales nos ha alejado la sima de nuestras tristezas. Es absurdo renunciar a la comida; pero igual de absurdo resulta eliminar la experiencia temporal del hambre con lo que ésta comporta de goce y de inmaterialidad. Como en el éxtasis musical, una emoción por las alturas se apodera de nosotros, la alegría de saber que no existe nada más que el entusiasmo y la exaltación. Pero mientras que

en el éxtasis musical una plenitud interna crece como un fluir interno, en el hambre un vacío nos dilata por la falta de sustancia y de resistencia, nos impulsa no con contenidos sino con espasmos, con tensiones nerviosas, con un ímpetu absurdo e indefinible. Si la tristeza atrae hacia la tierra, hacia lo elemental, material, oscuro y profundo, la inmaterialidad del hambre nos arroja hacia el desorden total, a una fantasía y a un juego fascinante de planos de una irresponsabilidad mágica. ¡Qué placer poder estar tan alto que ya no podamos pensar en nada! ¡Qué indescriptible goce poder olvidarse de todo, sumido en la embriaguez de las cumbres y qué encanto sentirse abandonado por el dolor durante esa ascensión! Ahí comienza la dicha de los que están tristes: cuando ya no son ellos, cuando han olvidado sus tristezas. Todo el temblor de la individuación parece haber transformado la angustia y los tormentos en un temblor extático, lleno de escalofríos y goces, en otra locura de la individuación cuya alegría no hará sino que las tristezas arraiguen más profundamente.

Un hambre voraz, nutrida por exaltaciones y visiones, eso es lo que un ser triste no puede rechazar como delicia temporal; un hambre que nos haga vencer la atracción material; un hambre que nos produzca placeres de vuelo, placeres etéreos, soledades ligeras y aéreas, soledades de vuelo. Hay que intentar todas las vías para no caer derrotados por el dolor, la tristeza y la enfermedad. Y que nuestra lucha contra ellos sea nuestro heroísmo.

Alegrémonos de que en la confusión podamos alcanzar la totalidad, de que podamos actualizar, en un instante, todos los planos espirituales y todas las divergencias. Los estados de admirable confusión interna, que no implican en absoluto la confusión en las ideas, están más próximos de nuestro centro subjetivo que todos los cambios de planos en los que normalmente vivimos. ¿Por qué estar ora triste, ora alegre y, sucesivamente, tenso, contento, desesperado o enardecido? ¿Por qué vivir en fragmentos de tiempo, fragmentos de vivencias, cuando con un esfuerzo loco podría en cualquier instante serlo *todo*, ser actual gracias a todas mis posibilidades y realidades? La confusión que mezcla la tristeza con la alegría es voluptuosa, y lo es tanto más porque se trata de una confusión de lágrimas. Hacer muecas por el dolor y el placer que nos invaden al mismo tiempo, y quedarse insensible por no entender nada de lo que está saboreándose con un entusiasmo perverso y sacudido por un temblor total. Y esa confusión no tiene nada que ver con ese tipo de vivencia total cuya profundidad nos lleva hasta la esencia de un fenómeno, como por ejemplo, penetrar en la esencia del sufrimiento universal; y se diferencia por su capacidad de fundir en una convergencia inexplicable nuestra diversidad y nuestra estructura multipolar. Esa confusión admirable es una de las alegrías de la vida, pero es, en primer término, la alegría de los hombres tristes. ¿Cómo no sentirse total en ese éxtasis de la alegría y de la tristeza? Entonces entran ganas de arrojar pedazos de uno mismo, de expulsar los órganos que vibran, de precipitarse en la confusión general, y, orgullosos por

haberse realizado en nosotros mismos la confusión universal hasta el paroxismo, nada puede ya detenernos en el caótico impulso de vibrar y de hervir en medio de una efervescencia total.

La desgracia del hombre es que no puede definirse en relación con algo, que su existencia carece de un punto estable y de un centro que lo determine. La oscilación entre la vida y el espíritu lo lleva a perderlos a ambos y a convertirse así en una nada que anhela la existencia. Ese animal, indirectamente, *anhela* el espíritu y *lamenta* la vida. El hombre no puede encontrar equilibrio alguno en el mundo, porque el equilibrio no se gana negando la vida, sino viviendo. Esa nada que anhela la existencia es el resultado de una negación de la vida. Por eso el hombre tiene el privilegio de poder morir en cualquier momento, de renunciar a la ilusión de vivir, existente en sí mismo. ¿No resulta revelador para la esencia del hombre su inclinación a la decadencia? La mayoría de los hombres decae; sólo muy pocos se elevan. Y nada resulta más entristecedor que ver a los hombres caer. Pues lo que nos entristece no es solamente el hecho de que en su destino podamos ver nuestro futuro, sino que nos entristece muy esencialmente la continua presencia de la podredumbre en la esencia del hombre.

Todo su proceso de decadencia no es más que un sucesivo distanciamiento de la existencia, pero no un distanciamiento por medio de la trascendencia, de la sublimación o de la renunciación, sino por una fatalidad parecida a la que hace caer a tierra la fruta

podrida de un árbol. Toda decadencia es una deficiencia en la existencia y una pérdida de existencia, de suerte que la soledad del hombre es al mismo tiempo soledad de la nada y soledad del ser.

Cuando piensas detenidamente en el hombre, acerca de su condición particular en el mundo, te entra una infinita amargura. Darte cuenta a cada instante de que todo cuanto haces es fruto de tu condición particular; que todos los gestos absurdos, sublimes, arriesgados o grotescos, todos los pensamientos, las tristezas, las alegrías y los hundimientos, todos los ímpetus y los descabros son el resultado sólo de tu forma especial de existencia, que si hubieses sido cualquier otra cosa que no fuera hombre, no lo habrías hecho; ser consciente siempre de la particularidad de tu condición, obsesionarte por lo absurdo de la forma humana de existencia implica sentir tanto asco por el fenómeno humano, que deseas convertirte en cualquier cosa menos en hombre. Esa obsesión permanente de lo absurdo humano vuelve la existencia doblemente insoportable: como vida concebida biológicamente y como vida desviada en forma humana. En el mundo, el hombre es una paradoja. Y los hombres lo han pagado caro, con muchos sufrimientos, inadmisibles en un mundo que, ya en sí mismo, es inadmisible.

Es tan difícil superar la ausencia de esperanza que engendra el sufrimiento que es imposible desdeñar la ilusión que se hacen los cristianos de haber atenuado sus sufrimientos al compararlos de forma perma-

nente con los de Jesús. ¿Pero qué puede hacerse cuando no se ha encontrado ningún medio de no estar solo en el dolor? Y, además, cuando se tiene memoria de tantos sufrimientos pasados y el presentimiento de tantos dolores futuros, ¿podrían acaso suavizar los tormentos de otro hombre la amargura de los propios? Jesús no sufrió por todos los hombres, porque si hubiese sufrido tanto como dicen, tras él no habrían debido existir más dolores. Pues bien, parece que a todos los hombres que han venido después de Jesús, que no han sido redimidos por su sufrimiento, sus tormentos sólo les han servido para aportar su contribución a lo infinito del sufrimiento humano que Cristo no pudo realizar. Verdaderamente, poco tuvo que sufrir Jesús para que nosotros aún tengamos que padecer tanto. Si hubiera sufrido en su naturaleza divina, tras él ya no habría podido existir el sufrimiento. Pero Jesús sólo sufrió como hombre y, de ese modo, lo que su sufrimiento pudo rescatar fue muy poco, aunque ha consolado a mucha gente, sin poder consolar, no obstante, *a los que estaban más solos*. Estos sólo encontraron consuelo en su propio tormento y no encontraron paz más que en los mayores sufrimientos. Jesús no vino por los que se hallaban más solos, sino, en particular, por los que estaban simplemente solos. Hasta el momento no se ha hallado un Dios de los que están más solos, de los absolutamente solos, porque hasta ahora nadie ha encontrado el consuelo que pudiera hacer menos infelices a estos seres. ¡Ay, pobre mundo, que hasta ahora no ha encontrado más que un redentor!